

Un mundo lleno de dioses

**PAGANOS, JUDÍOS
Y CRISTIANOS
EN EL IMPERIO ROMANO**

Keith Hopkins

Traducción: Fernando Lozano Gómez

ÍNDICE

Índice de ilustraciones

Prólogo a la edición española

Agradecimientos

Introducción

Capítulo Primero

Un mundo lleno de dioses (viaje en el tiempo a la Pompeya pagana; el marco histórico del cristianismo)

Capítulo Segundo

Judíos y cristianos o cómo se encontraron y perdieron los manuscritos del mar Muerto (narración y drama en tres actos sobre los judíos, los cristianos, la historia y nosotros)

Capítulo Tercero

La revolución cristiana (la naturaleza del cristianismo y su evolución: perseguidores, mártires y obispos)

Capítulo Cuarto

Jesús y su hermano gemelo (la diversidad del cristianismo primitivo; los Nuevos Testamentos Apócrifos)

Capítulo Quinto

Magia, cuentos de templos y poder opresivo (continuación de los viajeros en el tiempo: Egipto, Siria y Éfeso)

Capítulo Sexto

Paganos contra Cristianos contra judíos (historias enfrentadas durante una discusión semintelektual sobre las diferencias)

Capítulo Séptimo

La recreación del cosmos (la creación en el pensamiento judío, gnóstico y maniqueo)

Capítulo Octavo

Jesús y el Nuevo Testamento, o la creación de un héroe sagrado (Jesús en los evangelios y después)

Notas

Bibliografía

Procedencia de las ilustraciones

Índice temático

Índice de nombres propios

Agradecimientos

Cinco amigos me han ayudado en especial en la redacción de este libro al ofrecerme generosamente su tiempo y sabiduría: Mary Beard, Christopher Kelly, Henry Hurst, Winrich Löhr y Seth Schwartz. James Carleton-Paget, Caherine Hezser y William Horbury toleraron con jovialidad mi ignorancia sobre el judaísmo y el cristianismo, y la redujeron en parte; Graham Burton, como siempre, me ayudó hábilmente en un momento decisivo. Oisín Timoney y Caroline Vout me criticaron y me apoyaron con acierto. Wolfram Kinzig, Christoph Marksches y Markus Vinzent en distintas etapas de la redacción discutieron, leyeron o disputaron mis ideas. El preboste, los miembros y los directores del Centro de Investigación del King's College, Cambridge, me otorgaron un apoyo inestimable y estimulante.

Fuera de Cambridge, Ryoji Motomura y Atsuko Gotoh en la Universidad de Tokio; Takashi Minimikawa en la Universidad de Kyoto; Glen Bowersock, Peter Brown y Josh Ober en Princeton; Roger Bagnall, Alan Cameron y William Harris en Columbia; Susan Kane en Oberlin, y Jan Bremmer, Wim Jongman y Hank Versnel en Leiden y Groninga organizaron seminarios para discutir borradores de algunos capítulos, y/o hicieron comentarios críticos de su propia cosecha, que fueron vitales durante el proceso de composición y a la hora de terminar la obra.

Ben Hopkins me enseñó cómo escribir un guión de cine; mis otros hijos fueron más tolerantes de lo que merezco. Rebecca Wilson me persuadió con inteligencia para que acabara este libro. Sobre todo, me gustaría expresar mi agradecimiento a los cientos de excelentes estudiosos de la Antigüedad Clásica y de la Biblia cuyas obras ha sido tan placentero leer y sopesar.

Introducción

Este es un cuento sobre pasiones, fantasías y controversias. Narra de nuevo la extraordinaria, aunque problemática, historia del crecimiento y triunfo del cristianismo en el Imperio romano durante los tres primeros siglos después del nacimiento de Jesús. El cristianismo triunfó, pero sólo después de prolongados enfrentamientos con el estado romano, con religiones enemigas y con disidentes internos. De esta forma, para comprender el crecimiento del cristianismo primitivo -quizás “cristianismos” refleje mejor su diversidad- tenemos que encuadrarlo en su contexto judío y pagano, y tenemos que identificar las fuertes disputas internas que lo dividían.

El verdadero Jesús fue judío, el líder de un movimiento revisionista radical dentro del judaísmo. Es improbable que tuviera la intención de fundar una nueva religión. No obstante, después de su ejecución, ordenada por sacerdotes judíos y magistrados romanos, el movimiento de Jesús se convirtió rápidamente en una religión independiente, perseguida y protegida por el estado romano. Tres siglos más tarde, contra todo pronóstico, el emperador romano Constantino (306-337 d. n. e.*) se convirtió al cristianismo. Todos sus sucesores (excepto brevemente Juliano el Apóstata, 361-363) fueron cristianos. Al final del siglo IV, los rituales paganos habían sido prohibidos y el cristianismo se había convertido en la religión oficial del estado romano. Tres siglos después, los focos principales del cristianismo primitivo -Palestina, Siria, Egipto y el norte de África- se habían convertido mayoritariamente en musulmanes. La confesión religiosa estaba en función del poder político.

Las religiones generan fuertes devociones y conflictos que son, al mismo tiempo, lo que las hace prosperar. Jesús es un símbolo tanto de devoción como de desacuerdo. Los paganos y la mayoría de los judíos pensaban que era absurdo sostener que Jesús era el hijo de Dios. Y los cristianos primitivos discutían fervientemente entre ellos si Jesús era completamente divino, o

* [N. del T.: El autor no utiliza la forma habitual inglesa de datar -BC, antes de Cristo, o AC, después de Cristo-, por ello en la traducción se utiliza también un procedimiento diferente al corriente en español -a. C o d. C. La abreviaturas empleadas en la traducción son a. n. e. -antes de nuestra era- y d. n. e. -después de nuestra era.]

completamente humano, o una sutil mezcla de humanidad y divinidad. Los creyentes actuales han intentado olvidar estos antiguos debates y en general lo han conseguido. Sin embargo, éstas eran sólo algunas de las creencias por las que los cristianos primitivos murieron y mataron. Nos ayudan a recordar que entonces había muchos cristianismos distintos, como todavía ocurre hoy en día. Y no era en absoluto predecible qué ortodoxia ganaría.

Este libro es un experimento sobre cómo escribir historia de la religión. Empezó con un proyecto de investigación sobre cristianismo primitivo en el King's College, Cambridge, en el que participaron cinco investigadores de distintas nacionalidades, credos religiosos y especialidades académicas (americana, británica, alemana; judío, protestante, católico, agnóstico, ateo; Historia Judía, Historia de Roma, Nuevo Testamento, Historia de la Iglesia, Estudios Rabínicos, Patrología, Teología). Visto retrospectivamente, no es de extrañar que no pudiéramos trabajar juntos. No estábamos de acuerdo en casi nada, aunque (al menos eso decimos ahora) aprendimos mucho unos de otros.

Bueno, ¿y qué aprendí yo? Principalmente que no sabía lo suficiente y que en ocasiones no quería aprender sobre otros credos. A pesar de mi fachada de tolerancia, en verdad me mostraba reticente y me resistía profundamente a ser abierto de mente, a desaprender aquellas ideas que me habían inculcado durante la infancia y la adolescencia de las que sólo era consciente a medias. Dicho de otra forma, mi ateísmo estaba marcado indefectiblemente por el protestantismo. Y la historia de la religión está inevitablemente influida por las creencias de los escritores y sus lectores. No obstante, la historia es, o debería ser, una combinación sutil de imaginación empática y análisis crítico.

Esta historia explota varias tensiones irreconciliables. ¿Qué se sentía al estar allí? Ni lo sabemos ni podemos saberlo. Y con todo, sin duda la imaginación empática puede ayudarnos. Debemos imaginar lo que los romanos, paganos, judíos, y cristianos, pensaron, sintieron, experimentaron y creyeron. Sin embargo, al igual que ocurre con la música barroca tocada con instrumentos antiguos, la escuchamos con oídos del siglo XX. Leemos las fuentes antiguas con ojos contemporáneos. Y si relatamos lo que

sabemos en términos analíticos que pretenden ser objetivos, es inevitable que la forma en la que comprendemos y en la que interpretamos esté profundamente influida por el mundo actual y por la posición que ocupamos en él. No podemos reproducir la antigüedad. Y la historia de la religión siempre es en parte subjetiva. La experiencia nos dice que habrá otros escritores y lectores que muy probablemente, y con todo el derecho, no estarán de acuerdo.

Así que, ¿por qué no incorporamos al texto del libro esta curiosidad empática, este conocimiento, este análisis pseudobjetivo, esta ignorancia, estas suposiciones enfrentadas y estos desacuerdos? Eso es lo que he intentado hacer.

Los distintos capítulos examinan la variedad y las interrelaciones del paganismo romano, el judaísmo y el cristianismo primitivo. No obstante, también examinan los distintos métodos de narración, descripción y análisis histórico; así como algunas de las objeciones de mis colegas.

Empezamos en la antigua Pompeya. Dos viajeros en el tiempo contemporáneos relatan lo que vieron durante su corta estancia en la ciudad, que fue programada para que se llevara a cabo justo antes de la erupción del Vesubio. Mi objetivo al usar este método era ilustrar la animación, omnipresencia y pasión del paganismo mediante el uso de textos y artefactos. Pero inevitablemente, vemos el mundo romano con ojos actuales; debemos interpretar la extraña cultura de la Roma antigua. Los viajeros en el tiempo representan un tipo de la historia que se ha hecho ficción para mostrar las dificultades con las que se enfrentan todos los historiadores al recrear el pasado. No obstante, los viajeros en el tiempo tienen una visión restringida; sólo pueden describir lo que ya conocemos. Estoy demasiado influido por el academicismo como para inventarme cosas. Esto no es una novela, a pesar de que tenga algunas características casi novelísticas. Uno de mis tolerantes colegas, en una carta incorporada en el texto del libro, ataca el experimento en su totalidad; quizás sea innovador y animado, pero desde un punto de vista intelectual presenta importantes defectos. Ni siquiera las notas finales, que documentan

cuidadosamente todos los pasos y la mayoría de las afirmaciones, consiguieron impedir su crítica.

El segundo capítulo intenta mejorar el anterior. Sin embargo, el problema es un poco distinto: ¿cómo evocar la atmósfera de la obsesiva secta de judíos fervientemente devotos de Qumrán, el lugar en el que se produjeron los manuscritos del mar Muerto, descubiertos en 1947? La minúscula secta de ascetas varones de Qumrán permite entrever tímidamente cuál fue el fermento religioso de la Palestina romana del siglo primero, antes de la rebelión judía del 66-73 d. n. e. Estos judíos no eran protocristianos -ni mucho menos-, aunque compartían con los judeocristianos tanto la pasión como la esperanza en el/los Mesías. La secta subraya la profunda religiosidad que caracterizó a Palestina durante el período en el que surgió originalmente el cristianismo. No obstante, los manuscritos del mar Muerto son repetitivos y difíciles de comprender. Así que lo que intento hacer en este capítulo es indicar tanto la intensidad de su sentimiento religioso, como la dificultad de reproducir este sentimiento en la actualidad mediante el uso de un vehículo de expresión típicamente moderno: una serie de televisión, en la que todo lo que vemos/leemos nos llega tras ser sometido a un proceso de simplificación (des)interpretativa. Esta serie de televisión se sitúa en parte en la Roma antigua, y en parte en el mundo actual. El mito de Qumrán se vuelve a poner en escena de la forma que deberían ponerse todos los viejos mitos, utilizando actores antiguos y modernos y palabras auténticas. Sin embargo, también se han introducido muchos cambios en el tiempo presente; así, por ejemplo, se producen variaciones en el tiempo y en los personajes. Tampoco es probable que esto guste a mis críticos colegas. Por ello también se les deja expresar su opinión, aunque sólo después de que acabe el espectáculo. Para mí, el héroe de esta representación es la propia cámara de televisión que, al igual que las fuentes históricas, selecciona arbitrariamente lo que prefiere mostrar: nunca miente, pero nunca comprende.

El tercer capítulo, sobre la evolución del cristianismo primitivo como un movimiento revolucionario, es un análisis convencional y objetivo. Esta “objetividad” es fruto de mi distanciamiento laico de las fuentes cristianas; sin embargo, esta aproximación laica puede no resultar “objetiva” para los creyentes.

Es más, ¿qué pinta tendría un relato objetivo del cristianismo primitivo? Este capítulo se centra en la evolución del Nuevo Testamento; en el crecimiento de una tradición ortodoxa de la fe; en los esfuerzos cada vez mayores que realizaron los cristianos ortodoxos para imponer una sola fe mediante la conformación de una jerarquía de sacerdotes y de los Nuevos Testamentos canónicos. Termina con un estudio de las persecuciones y los mártires, que en parte ataca a la opinión habitual al proponer que el estado romano protegió mucho a los cristianos. Y sostiene que las actas de martirios, que son relatos dramáticos de los juicios y padecimientos que sufrieron los cristianos, constituyeron más una alternativa que un estímulo al martirio. Leer sobre el valor y la fe de los mártires servía para revivir los acontecimientos, pero con un sufrimiento vicario.

El cuarto capítulo, llamado “Jesús y su hermano gemelo”, cuenta de nuevo algunas de las historias religiosas incluidas en los libros no ortodoxos y secretos (apócrifos), que a partir del siglo II fueron un complemento del Nuevo Testamento. Y el hermano gemelo de Jesús es una muestra de la inventiva religiosa cristiana. Por lo menos, algunos cristianos pensaron que necesitaban buscar la salvación mediante la exaltación de su divinidad interior. Necesitaban un intermediario entre su indigna humanidad y la trascendente divinidad de Jesús. El hermano gemelo de Jesús es un símbolo de la necesidad de los creyentes de buscar a Dios en su interior. El capítulo se organiza en torno a una carta de un académico alemán, que se opone mordazmente a la infantilización que provocan estos cuentos en el lector. Este académico defiende que los cuentos no pueden sustituir a los análisis intelectuales rigurosos. La historia de la religión -si no lo es también la religión- es demasiado importante para andarse con historias. No obstante, los cuentos, que no los análisis, eran los elementos más importantes de la capacidad que tenían las religiones del mundo romano para persuadir. Y la capacidad narrativa solía ser lo más importante al escribir historia.

La segunda parte del libro tiene una estructura similar. Comenzamos de nuevo con nuestros dos viajeros en el tiempo, Martha y James. Aunque esta vez visitan Egipto, Siria y Asia Menor (Turquía) para ver parte de la diversidad de las prácticas

paganas y de la devoción religiosa. Se trata de un mundo radicalmente distinto plagado de enfermedades, suciedad y sacrificios animales, de templos, sacerdotes profesionales, magia, sangre, violencia, vidas cortas y cuentos largos. A menudo imaginamos con romanticismo que Grecia y Roma son nuestros antepasados culturales. Tendemos a olvidar que las culturas de Egipto y Siria, que resultan tan extrañas y ajenas, fueron partes importantes del Imperio romano y la cuna del cristianismo primitivo. Como corresponde en una historia sobre religión, al final del capítulo James es injustamente arrestado, metido en prisión, juzgado sumariamente por un juez romano y condenado a ser torturado. No obstante, se salva justo a tiempo gracias a un milagro de la ciencia moderna. Este simple relato ficticio invita al lector a reflexionar sobre lo increíble, lo creíble y lo creído. Algunos cristianos primitivos creían que Jesús tampoco sufrió realmente en la cruz, sino que escapó mediante un engaño mágico.

El capítulo sexto incluye una carta “inédita” que escribió un reciente converso al cristianismo al principio del siglo III para pedir consejo a un creyente con mayor experiencia. El nuevo cristiano, Macario, aceptó (imprudentemente) la invitación a cenar que le hizo un viejo amigo que seguía siendo pagano. Durante la cena, todos discutieron sobre religión y los paganos aprovecharon la oportunidad para descargar todas las críticas que habían reprimido sobre el advenedizo cristianismo. Los antiguos no eran tan comprensivos como la gente tolerante de hoy en día. No cabe duda de que mucho de lo que dijeron es falso, pero eso no reducía necesariamente su fuerza; por otra parte, seguro que Macario exagera las virtudes cristianas. Aún así, no consigue decir todo lo que quería, ni lo que se le ocurrió después. Y por si fuera poco, lo sentaron al lado de un judío (como si no existiera ninguna diferencia) que lo conforta contándole su malévolamente versión de la vida de Jesús: todo pura fantasía. Mucho antes de que terminara la tarde, la mayoría de los invitados han dejado de discutir sobre temas importantes para prestar atención a las historias de fantasmas y a las bailarinas. Macario se marcha vapuleado, pero con sus convicciones intactas.

El capítulo siete recupera los universos enfrentados y semicristianos de los gnósticos y maniqueos al volver a contar sus

versiones de la creación. En la creación observamos la naturaleza de Dios (o de los dioses) y de los humanos que éste/os crean. Las historias sobre la creación son el escenario en el que tiene lugar el primer contacto entre Dios y los humanos. Permiten a los creyentes indagar sobre la naturaleza divina (o las naturalezas divinas). Y como hoy en día no hay prácticamente nadie que sea gnóstico o maniqueo, constituyen una herramienta ideal para apreciar la forma en la que los creyentes construyen la divinidad (o las divinidades) y los mitos fundacionales de su religión. Un problema básico para los gnósticos y maniqueos era por qué un Dios bueno y omnipotente había permitido la presencia del mal en la tierra. La respuesta típica de los gnósticos era que se trataba de un trágico y estúpido error, cometido por la hija más joven de Dios, Sofía=Sabiduría. Para los maniqueos la historia del mundo era una lucha continua entre las fuerzas de la Luz y la Oscuridad, del bien y del mal. Con el tiempo, los cristianos ortodoxos llegaron a considerar, siguiendo la opinión de Agustín, que el principal defecto del hombre es el pecado original que todos heredamos de Adán y Eva. El capítulo termina con la pesadilla que Agustín tuvo en su lecho de muerte, no publicada anteriormente, en la que sueña con temor que algunas de sus creencias eran incorrectas.

El capítulo final es un estudio de Jesús; no tanto del Jesús histórico, como de los abundantes y variados *Jesús* que aparecen en la historia a lo largo del tiempo. En mi opinión, Jesús no es sólo, ni siquiera principalmente, un personaje histórico. Es más bien, como ocurre con los héroes sagrados de otras grandes religiones, un espejismo, una representación en la mente de los creyentes que modelan pero no encorsetan las representaciones que aportan los evangelios canónicos. Sin duda, su historicidad canónica es una parte, pero sólo una parte, de la imagen total. Sin embargo, la representación se crea principalmente, como ocurre con la mayoría de las creencias, gracias a la imaginación y la inspiración. Por ello en este capítulo la historia que se lleva a cabo es más una historia de representaciones que de hechos: los antiguos cristianos crearon muchos *Jesús*, como todavía siguen haciendo los creyentes actuales. La designación de una versión concreta como la que representa al verdadero Jesús está más condicionada por la elección personal del creyente que por la falsedad o veracidad histórica de la versión.

La estructura de este libro es como una triple espiral de hilos multicolores entretelidos. Los tres hilos principales, judaísmo, paganismo y cristianismo, eran en sí mismos diversos, complejos y cambiantes. Se relacionaban continuamente tanto dentro de su seno y con sus propias variantes como externamente entre ellos. Las señales de lo que permaneció inalterable y de lo que se fusionó se aprecian mucho mejor en la falsa tranquilidad del análisis retrospectivo, de lo que jamás lo fueron por sus contemporáneos. Y por ello, para reexperimentar los pensamientos, sentimientos, prácticas e imágenes de la vida religiosa del Imperio romano en el que emergió el cristianismo ortodoxo en toda su vibrante diversidad, debemos combinar las antiguas percepciones, a pesar de lo parciales que sean, con las interpretaciones contemporáneas, pese a lo engañosas que resulten. Esta es la tensión y la ilusión de recrear y leer una historia sobre un mundo desaparecido, que estuvo una vez lleno de duras realidades, sueños, demonios y dioses.